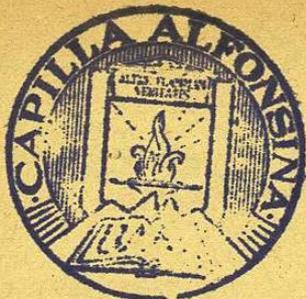


873
L
D.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

~~~~~  
Esta obra es propiedad.—La  
presente edición se publica de-  
bidamente autorizada.  
~~~~~



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Centro Gráfico Artístico, Rda. de Conde Duque, 3.

PRIMERA PARTE

LAS TRANSFORMACIONES DE LAGARDÈRE



Á la cabeza de los gitanos, Co-cardasse y Passepoil daban la nota pintoresca.

I

Sacrificada.

Pasaba la frontera pirenaica por Hendaya el más extraño cortejo: á la cabeza tenía aspecto nupcial, y no podría ser más exacta la comparación: Enrique de Lagardère y el marqués de Chaverny conducían á Francia á sus novias. Tras aquellas dos parejas de enamorados marchaban los dos diestros, Antonio, Jacinta y después toda la indescriptible tribu bohemia, que parecía un cuadro de Jaime Callot, al cual podía aplicarse el mismo dístico del insigne pintor del tiempo de Luis XIII, porque las modas de los harapos no cambian.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

*Felices y andrajosas criaturas
Que venden al pasar buenas venturas (1).*

Á la cabeza de los gitanos, Cocardasse y Pas-sepoil daban la nota más pintoresca del cortejo: el primero, con el sombrero á la oreja y su aire de matamoros; el segundo, soñando con Pepita, por cuyo amor creíase capaz de convertirse en gitano, idólatra y salteador de caminos.

De vez en cuando volvía la cabeza para contemplar aquella belleza bohemia; pero sólo veía las miradas celosas y nada tranquilizadoras de algún bigardón de la tribu. Entonces bajaba la cabeza y oprimía los flancos de su caballo, que trotaba unos minutos.

Aurora de Nevers cabalgaba al lado de Lagardère; ambos se miraban intensamente y no cesaban de charlar un instante. ¡Eran tan felices, y tenían tantas cosas que decirse después de tan larga separación!

Tras ellos iban Flor y Chaverny, que no hablaban en voz baja como los otros: su dicha era tan ruidosa y expansiva como la de aquellos reservada é íntima. El Marquesito necesitaba pregonar su ventura, manifestarla en risas de júbilo, en movimientos, en transportes de

(1) Traducción libre. El dístico francés reza:
*Ces pauvres gueux, pleins de bonadventures,
Ne portent rien que des choses futures.*

alegría; y María Cruz, pensando que bastante había llorado y sufrido, se sentía muy dispuesta á ponerse al unísono con su novio, rebotando también regocijo y animación.

Antonio y su hermana hablaban animadamente en vasco, lengua tan extraña que hace falta muchos meses de práctica para entenderla, y muchos años para hablarla.

Los carricoches de los gitanos iban casi todos vacíos; la mayoría de los bohemios caminaban á pie, cantando sus melopeas graves y salvajes. Mabel iba en su galera, y Mariquita delante, con los ojos bajos, triste y soñadora. Mortal angustia le oprimía la garganta: ella que había leído en las estrellas el porvenir de los demás, no podía leer el suyo.

—¡He contribuido á la felicidad de todos— se decía lúgubremente,—sobre todo á la suya! ¡Le he sacrificado un poco de mi razón y de mi sangre, mucho de mis afectos; mi corazón, y va á irse, á separarse de mí para siempre, mientras yo tengo que quedarme aquí como restos de un naufragio!

La cabeza de la columna se detuvo. Con gesto teatral Cocardasse se quitó el sombrero saludando el suelo francés.

—¡Vive Dios! ¡Ya estamos en casa! ¡Amable, pichoncito, da los buenos días al Sol de monseñor el Regente, que sale allá lejos como un enorme escudo de oro!

—¡Más valdría que cayeran algunos en nuestros bolsillos!

Hasta Lagardère se descubrió. Aurora, conmovida, dirigió al Cielo ferviente plegaria de agradecimiento.

La caravana se inmovilizó, y los gitanos que por invitación de Mabel quisieron acompañar hasta el suelo francés á los novios se alinearon al lado de la Madre.

Hasta entonces no se habló para nada de recompensa: no la reclamaban; habían obrado espontáneamente, por su voluntad, se creían bien recompensados, satisfechos por lo útil y eficaz de su intervención, y contemplaban, respetuosamente al caballero cuya sola presencia bastó para poner en fuga á los adversarios; pues aquellos seres rebeldes, hijos del viento y de la tierra, admiran sobre todo el valor personal.

Por una vez en su vida hicieron excepción de sus reglas, y no había memoria de que hubieren ayudado nunca, ni ellos ni sus antepasados, á ningún cristiano, salvo á Lagardère, á lo menos desinteresadamente. El caballero echó pie á tierra y se dirigió con Chaverny á los gitanos.

—¡Gracias, amigos míos!—les dijo.—Creí por mucho tiempo que erais incapaces de hacer el bien, y reconozco que estaba equivocado. Si me fuera posible dar ahora mismo á cada uno

de vosotros lo que merece, seríais ricos antes de cuarenta minutos. Por desgracia, á excepción de mi espada, sólo tengo algunos ducados. Aquí están; espero que algún día podré daros más.

—¡Y aquí tenéis mi bolsa!—añadió Chaverny.—Volved á este lugar dentro de un mes, y os prometo que hallaréis á alguien que os dará un recuerdo nuestro.

Ambos tendieron al mismo tiempo á Mabel las manos llenas de oro.

—Si alguno de éstos quiere—declaró la Madre,—es libre de aceptar. Yo por mi, no quiero nada.

—Rehusamos—contestaron los hombres.—Cuando nos asalta el capricho de poseer oro, lo cogemos, y en paz. Pero nunca hemos vendido nuestra adhesión, y sois los primeros á quienes la hemos otorgado. Lo que se da no se paga.

—¡Mal pecado!—exclamó el gascón.—¡Rehusan! ¿Qué te parece, Amable? ¡Que nos ofrezcan un poco á nosotros..., por probar!

Flor se dejó caer de su mula, cogió las dos bolsas y se acercó á Pepita:

—Toma, hermosa recibe esto de manos dela que fué en otro tiempo una de las vuestras. Cómprate anillos, collares y brazaletes, y si algún día encuentras por Madrid, por Sevilla ó por Murcia algún caballero francés noble y

bueno que te ame, no digas que no, chiquilla. Acuérdate de mí: tú eres más hermosa que yo..., y voy á ser marquesa.

Y muy ufana, después de besar á la joven, se apoyó en el brazo de Chaverny.

—¡Dios!—exclamó Passepoil relamiéndose. —¡Si volviera yo por España y fuera de mí de quien se enamorase!...

Cocardasse soltó la carcajada:

—¡De til ¡Sangre de Cristo! Pero ¿no te has contemplado nunca en un espejo, mi pobre Amable?

El normando, herido en su amor propio, le lanzó una mirada furibunda y murmuró entre dientes:

—¡Quizás la amaría yo mucho más que cualquier caballero encopetado!

—¡Eh, mal pecado! ¿Acaso no lo somos? ¿No nos ha consagrado como tales el parisiensito?

Á su vez Aurora abrazó y besó en ambas mejillas á Mabel.

—¡Vos le habéis salvado!—le dijo.—¡Nunca olvidaré que os lo debo á vos! Si algún día me necesitáis, sea para lo que fuere, disponed de mí.

—Mabel no necesitará ya nada muy en breve. Os hemos puesto en el camino de la dicha: no os extraviéis.

Mariquita permanecía aparte. Las dos damas la abrazaron cariñosamente.

—Vente con nosotras!—le dijo Flor.—Nos has

dado tanto, que nada puede separarnos en adelante.

—¡Ven, hermanal!—añadió Aurora.

Pero la gitanita movió la cabeza, y extendiendo el brazo hacia la sierra de Gudar.

—Estoy encadenada allí para siempre—repuso con tristeza.—Juré á mi padre que no me alejaría nunca de su tumba y que moriría sobre ella. ¡Ojalá sea pronto! Id, hermanas, ya que me permitís que os dé ese nombre; id hacia la dicha, hacia el amor... El espectáculo de vuestra felicidad no es para que yo lo contemple.

—Tú lo echas á perder—insistió Lagardère conmovido—rehusando asociarse á él. ¡Ven, hija mía; acuérdate del día en que descansabas tu cabeza en mi pecho, y en el cual juré no abandonarte! Tengo que cumplir mi juramento. ¡No podemos separarnos!

—Has hecho por mí más de lo que debías.

—Tú me has dado la vida de tu padre.

—En cambio, estaba loca, y tu cariño me devolvió la razón.

—Loca por mí y por culpa mía.

—¡Qué importa! Mi misión en este mundo ha terminado. ¡Llévate á tu novia!

El pobre corazón de la muchacha sangraba. Contempló ávidamente al caballero como para grabar indeleblemente en su alma las facciones adoradas.

—¡Vete con tu novia!—repitió.

Y un torrente de lágrimas afluyó á sus ojos; estremeci6se convulsivamente. Lagardère la abrazó, y besó castamente su frente.

—Siempre seré tu hermano—le dijo con dulzura.—Cuando te abrúmen las penas, ven á París y las compartiremos contigo.

—¡Adiós!—murmuró ella—¡Hasta la eternidad!

Y se retiró sollozando para no ver la tristeza en el rostro de Enrique y de sus amigos.

—¡Adiós, pues, hija mía!—dijo lentamente Lagardère.—¡Adiós á vosotros todos, amigos, que no queréis nada de mí á cambio de tanto bien como me habéis hecho! ¡Que Dios os lo pague! Hubiera querido probaros que no os olvidaré nunca.

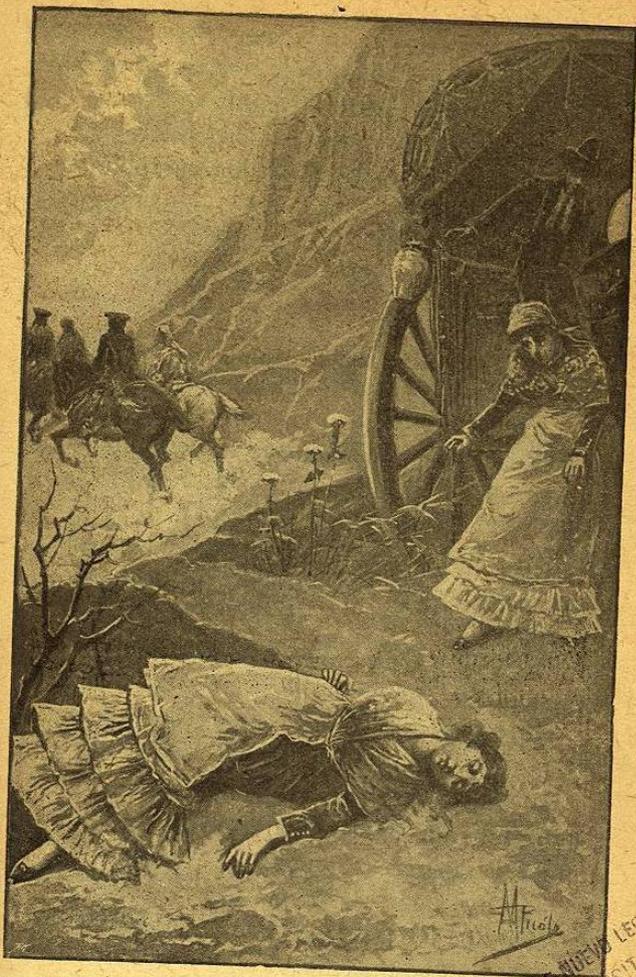
—Anda—contestó la vieja Mabel,—y continúa tan fuerte y tan bravo. La que has escogido puede apoyarse en ti con toda confianza.

Unos montaron á caballo, otros en los carros, y los dos trozos del cortejo alejaronse en sentido inverso. Sólo Mariquita continuó á pie, y lloraba como una Magdalena. De cuando en cuando volvía la cabeza para ver al caballero.

Próximos á desaparecer de su vista Lagardère y los suyos, escaló un montículo para verlos un rato más. Cuando ya no pudo distinguirlos exclamó con desesperación:

—¡Enrique, Enrique!...

Y dió un grito parecido á los estridentes



La desdichada gitanilla había cumplido su misión terrenal. Estaba muerta.